

PALADIO

**EL MUNDO DE LOS
PADRES DEL DESIERTO**

LA HISTORIA LAUSIACA

Versión, Introducción y Notas de
León E. Sansegundo Valls

Serie
Los Santos Padres
N.º

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2096-1991

I.S.B.N.: 84-7770-226-8

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

INTRODUCCION

Nos hallamos ante uno de los primeros monumentos hagiográficos de la literatura cristiana y, ciertamente, “ante el historiador más eminente del monaquismo egipcio”¹.

Las vidas de los santos Padres, la *Historia a Lauso* o *Historia Lausíaca* (todos estos títulos se hallan en los manuscritos), es la historia de los ascetas más ilustres de Egipto narrada a Lauso, alto funcionario de la corte de Constantinopla, por Paladio, amigo suyo. Lauso había expresado a nuestro autor su deseo de conocer las vidas y los hechos de estos monjes de Egipto, de Palestina y de otras partes, cuyas proezas se comentaban con asombro en la capital. Y para satisfacer a sus deseos redactó Paladio en 419/420 una serie de biografías monásticas.

Contaba al escribirlas, según él mismo nos dice, “cincuenta y seis años de edad, treinta y tres de vida monástica y veinte de episcopado”². La obra tuvo ya desde un principio una gran acogida, máxime en los medios de donde había salido, es decir, entre los mismos monjes, y luego fue adquiriendo paulatinamente en todos los ámbitos de Oriente una gran popularidad. Tanto fue así, que poseemos más noticias de la misma obra que del autor. Corrían de boca en boca las gestas de los monjes por él narradas, las hazañas de los ascetas, las maravillas de los ancianos que eclipsaban las de sus émulos, de modo que la personalidad de Paladio fue desdibujándose poco a poco por el brillo de su obra, con lo que se conoció más la historia que al historiador.

De hecho, cuanto sabemos de Paladio procede de los datos que nos proporciona su *Historia* que, sin embargo, son suficientes para trazar un esbozo de su vida.

Nació en Galacia, Asia Menor, hacia el año 363/364. Recibió una esmerada educación en los clásicos, según la costumbre de la época, y ello se desprende fácilmente de sus escritos.

Nada sabemos de su juventud. Tenía unos veinte años cuando marchó a Egipto, al desierto de Nitria, con objeto de visitar a los monjes. Le vemos entonces hacia el año 386 en la laura de Duka. Habiendo enfermado, se traslada a Palestina, junto al monte de los Olivos (386-388) y vive en compañía de un tal Inocencio, que algunos han identificado con el Papa Inocencio I.

Trató en Jerusalén con Rufino y Melania la Mayor; habiéndose dirigido en 388 a Alejandría, conoció allí al sacerdote Isidoro. Este le inició en la vida ascética, y le llevó al ermitaño de Tebas, Doroteo, en las llamadas “Soledades”, a cinco millas de la ciudad, para completar allí su noviciado.

Mas no pudo coronar los tres años a causa de su salud quebrantada, por lo que fue en 390 a Nitria y después a las Celdas (390/391), donde pasó nueve años, primero con Macario, y más tarde con Evagri, su maestro. A la muerte de éste, partió para Palestina, en donde vivió con Posidonio de Belén.

A mediados del 400 fue consagrado obispo de Helenópolis en Bitinia, probablemente por San Juan Crisóstomo, pues asistió como obispo a un sínodo de Constantinopla. Pronto se vio envuelto en las controversias origenistas. Hizo juntamente con otros dos obispos una inquisición contra el obispo de Efeso (401/402), y asistió al conciliábulo de la Encina (403).

El año 405 emprende un viaje a Roma para defender ante el emperador Honorio y el Papa Inocencio la causa de Juan Crisóstomo³. Al año siguiente el emperador Arcadio le desterraba al Egipto Superior, en donde recogía un comentario sobre el profeta Amós, de Clemente de Alejandría. De 406 a 412 vive en Syena y en Antinoe. Visita a los tabennesiotas de Panópolis⁴ y vuelve a Galacia, en donde reside con Filóromoís (412/413). Durante este destierro recoge con solicitud las acciones edificantes de los anacoretas, que desarrolla después en su *Historia Lausiaca*. Muere poco antes del Concilio de Efeso, antes del 431⁵.

Paladio nos describe el monaquismo dentro del marco topográfico de Egipto. Y es que el monacato es sobre todo una creación del Egipto cristiano. Sus fundadores no fueron —como se decía hasta hace algunos años— los filósofos del mundo helenístico, sino los "fellahin" u hombres de la tierra del país bañado por el Nilo ⁶, quienes se habían mantenido al margen de la civilización griega y, por tanto, de sus ideas paganizantes. Sus orígenes están íntimamente relacionados con la historia del ascetismo, que desde el principio se presentó como algo inherente a la doctrina cristiana. Mientras que en los primeros tiempos se practicaba la ascesis individual, que no implicaba alejamiento del propio ambiente, los representantes del nuevo movimiento se retiraban del mundo buscando la soledad. El clima era ideal para un desarrollo de este género.

La tradición relaciona el origen del monaquismo con la persecución de Decio (250), cuando muchos cristianos huyeron de las zonas pobladas de Egipto a los desiertos de los alrededores. Algunos, para llevar una vida santa, se establecieron allí a perpetuidad, convirtiéndose así en precursores de los ermitaños.

Ahora bien, es sabido que el monaquismo conoció su máxima floración en el siglo IV. Fue una reacción natural contra el peligro de secularización, después que la Iglesia logró la paz y el cristianismo fue adoptado como religión del Estado.

Algunos de estos ascetas crearon un nuevo tipo literario: reglas monásticas, tratados ascéticos, colecciones de sentencias espirituales de los Padres del desierto, escritos hagiográficos y edificantes, etc. Sobre todo, nuestra información sobre los orígenes y difusión del movimiento la debemos a las biografías de sus fundadores escritas por sus discípulos. Uno de estos documentos que tratan de la historia del monaquismo es la *Historia Lausíaca*, de Paladio, que nos ocupa. En ella trata el autor de dos formas distintas del nuevo ascetismo: la modalidad más antigua, que es el anacoretismo o vida eremítica, fundada por San Antonio ⁷, es decir, en la soledad, y la forma más reciente, el cenobitismo o monaquismo propiamente dicho, es decir, vida de comunidad ⁸, fundado por San Pacomio. De él nos habla Paladio en el capítulo 32.

Aunque el autor de la *Historia Lausíaca* nos expone sus recuerdos personales o evoca las tradiciones sobre el ascetismo cristiano de su

época en Egipto, Mesopotamia, Galacia, Italia, Capadocia y Grecia, y consagra una buena parte a Palestina y especialmente a Jerusalén, Belén, Jericó y Cesarea, escoge, no obstante, a Egipto como el principal escenario de sus correrías y relatos.

El cristianismo había penetrado en Egipto con el evangelista San Marcos que, según se vera, fundó la primera Iglesia de Alejandría. Es incuestionable que Egipto conoció varias formas de un cierto ascetismo anterior al cristianismo. La Historia atestigua, con más o menos fundamento, la presencia de los sacerdotes de Serapis, los judíos egipcios que vivían solos o en grupos, los neoplatónicos de Alejandría, los esenios, los terapeutas ⁹. Pero el monacato que hizo inmortales los nombres de la Tebaida, Nitria, Escete, las Celdas, Antinoe, sólo comenzó con los anacoretas cristianos de que nos hablan las fuentes principales del monacato egipcio, de las que, a título de ilustración, reseñamos las siguientes:

La *Vita Antonii*, escrita por SAN ATANASIO (PL. 73, cc. 126/170); la *Vita Pachonii* (PL. 73, cc. 227/822); la *Historia Monachorum*, escrita en griego y traducida al latín por RUFINO (PL. 21, cc. 387/462); las *Instrucciones y Colaciones* de JUAN CASIANO, obispo de Marsella (PL. 49/50, CSEL. 13, 17) y los *Apotegmas de los Padres* (PG. 35, cc. 71/440)¹⁰.

LA "HISTORIA LAUSÍACA", ¿FÁBULA O VERDAD?

Esta es la incógnita que ocurre al lector cuando recorre la *Historia* de Paladio y se enfrenta con narraciones y episodios peregrinos que a veces parecen rayar en lo inverosímil. No en vano algún crítico, temiendo llamarse a engaño, trató de verificar los datos históricos y dudó de la veracidad de los hechos que narra.

Es innegable que Paladio no es responsable de las libertades que los autores de las distintas versiones se tomaron con miras a despertar la edificación, y éste es el motivo por el cual su *Historia* adolece de ciertas inexactitudes. Inexactitudes que consisten casi siempre en algunos anacronismos sin mayor importancia o en errores esporádicos de índole narrativa. Por otra parte, "aunque moderado y reflexivo", a veces da muestras de una credulidad ingenua y comparte la pasión de los contemporáneos por lo maravilloso"¹¹.

Sin embargo, la mayoría de los críticos e historiadores antiguos y modernos están de acuerdo en afirmar que la veracidad de Paladio es

incontrovertible y que la *Historia Lausíaca* es una fuente precisa y verídica para la historia del monaquismo. Así opinan, por ejemplo, Preuschen, Lejay, Grützmacher, Zöckler, C. Smidt, Burkitt y Lucot, por no citar otros muchos que proclaman a ultranza la sinceridad del monje egipcio.

Egipcio porque, si bien era oriundo de Galacia ¹³, permaneció durante doce años en Egipto, siendo testigo ocular de las anécdotas ascéticas que fue recogiendo con interés y trasladando luego a la pluma. Inclusive un especialista de su obra le concede la preferencia sobre Casiano (otro intérprete de los padres del yermo) en lo relativo a las prácticas litúrgicas de los discípulos de San Pacomio ¹⁴.

Por lo demás, del principio al fin lleva la marcha inconfundible de una composición que ha sido concebida de un solo trazo y redactada sobre recuerdos personales y entrañablemente vividos. Sólo que estos recuerdos no son siempre del mismo orden. Unos representan las escenas vistas por el autor, o palabras y dichos oídos por él de labios de tal o cual personaje del desierto; otras, en cambio, aluden a anécdotas que circulaban entonces por los medios monásticos, especie de folklore cuyos orígenes se remontan casi a un siglo, poco más o menos, y que podían tener raíces más profundas.

TESTIGO PRESENCIAL

Paladio, pues, combina sus recuerdos con la información que recibiera de otros en una serie de biografías que pretenden la edificación del lector. Así nos dice: “De los unos (o sea, de los biografiados), me ha sido dado ver personalmente sus figuras venerables; de otros, que han conseguido la perfección en la liza del desierto, he sabido su régimen de vida espiritual de labios inspirados de atletas de Cristo” ¹⁵.

El mismo anduvo por los desiertos, cuya vastedad describe, o por ciudades y aldeas pobladas por solitarios, para darnos una visión auténtica de lo que vio y oyó: “Después de recorrer en viaje a pie y por un fin piadoso –nos dice–, muchas ciudades y aldeas, todas las lauras y tiendas de los monjes del yermo, he descrito *con gran exactitud* lo que yo mismo visité en persona y lo que oí de boca de los Santos Padres”. ¹⁶

Además, ocurren en casi cada página frases como éstas: “Hice la travesía en un día y medio y llegué a la montaña de Nitria...” (cap. 7). “Conocí, en cambio, al otro Macario, el alejandrino... (cap. 18). “Lo

dejé para regresar al desierto y se lo conté a todos los Padres” (cap. 35). “Por haber residido cuatro años en la Tebaida, conozco los monasterios que allí existen” (capítulo 58), etc.

Y cuando habla por referencias de otros no deja de ser siempre sobremanera explícito: “Me contó también de una criada llamada Alejandra” (cap. 5); “Paesio e Isaías, hermanos carnales, eran hijos de un mercader español” (capítulo 14): “A Natanael no alcancé a conocerle en vida, pues murió quince años antes de llegar yo allí” (cap. 16), etc. Podríamos multiplicar las citas, que el lector conocerá por sí mismo a lo largo del libro.

Por otra parte, y esto es interesante para probar su historicidad, no pretende en ningún momento escribir una “defensa del monaquismo”, pues no vacila en consignar las apostasías y pecados de los monjes. “Nada es tan caro como la verdad” –afirma a propósito de Hierón (capítulo 26)–, y por eso dice lo bueno y lo malo de los solitarios. “Como no miento, no debes, lector de buena fe, desconfiar de mí”. agrega (capítulo 17). Condena el orgullo de los solitarios, su arrogancia, su insolente suficiencia. Afirma, entre otros documentos o sentencias de buen sentido: “Beber vino con motivo es mejor que beber agua con orgullo” ¹⁷, censurando con ello la vanidad de su presunta rigidez.

En suma, no se trata de poesía, ni siquiera de un prurrito constante de decir cosas que se salen de lo común, sino de verdad. Está en favor de Paladio no sólo el encadenamiento perfecto de la cronología, sino también la precisión y exactitud de la geografía y topografía en que se desenvuelven sus hechos y narraciones. Los datos, en general, están de acuerdo con los de la historia de aquel tiempo, y no menos exactas son las alusiones a las costumbres y a la organización política y social de la época. Es –dice Lucot– “un documento psicológico y, al mismo tiempo, una contribución preciosa al estudio de un país misterioso, que atrae ya de suyo por la curiosidad de sus paisajes y de sus costumbres, y refleja, sobre una rica civilización muerta, una renovación de vida” ¹⁸. En fin, la frescura y la ingenuidad de las descripciones, la ausencia relativa de milagros grotescos, atestiguan en favor de esta obra compuesta hacia el 420, y que no fue conocida en su totalidad hasta el siglo XVI por traducciones italianas.

No sin razón dijo el escritor antiguo: “Paladio, discípulo de Evagrio, expuso muy bien *optime* la vida de los Santos” ¹⁹; y *Sócrates*: “de todos éstos trató con exactitud, *akribos*, Paladio de Galacia” ²⁰.

Aun cuando, en realidad de verdad, no hay en Paladio traza ninguna de una teoría ascética propiamente dicha, podemos, sin embargo, dar a grandes rasgos algunas ideas sobresalientes en que se basa el ascetismo monástico de aquellos monjes que dejaban los encantos del mundo atraídos por la soledad.

Entre los monjes antiguos la ascesis reclutó a sus maestros más autorizados. Casiano, por ejemplo, trasladó a sus *Conferencias* y a sus *Instituciones* lo mejor de la enseñanza oral oída de los solitarios egipcios. Las vidas de San Antonio, San Pacomio, San Hilarión no hacen sino completar con hechos los principios ascéticos del monje de Marsella. Las obras de Isidoro de Pelusa, San Nilo del Sinaí, San Juan Clímaco, etcétera, son exclusivamente de índole ascética.

Paladio, fuera de testigo e intérprete de los anacoretas de Egipto, hace una aportación magnífica en este aspecto.

En línea general, según Paladio, el monaquismo separa al hombre del mundo para hacerle más fácil la unión con Dios. Le impone una lucha sin tregua contra sus apetencias inferiores, con el fin de hacer su alma más libre. Esta lucha se efectúa por todo un conjunto de prácticas (oraciones, vigiliass, ayunos), y está regida por una doctrina que procede de los Padres. Se da el nombre de ascetismo o ascesis a estas prácticas o a esta doctrina. Sus leyes esenciales están formuladas en la Biblia y comentadas por la tradición de los solitarios.

Ahora bien, la ascesis obliga a todos los cristianos, pero de un modo muy peculiar a los monjes, en razón de su obligación perentoria de tender a la perfección. Por eso se dan a ella con más generosidad para su provecho personal y para la edificación de sus semejantes. Esto último explica el sentido de emulación entre monjes que rivalizaban a porfía en sus prácticas para superarse mutuamente. Este carácter de la vida religiosa parece más acentuado en los monjes de los primeros siglos y sus herederos directos.

He aquí en bosquejo el espíritu y la práctica de ascetismo que según él imperaban. Es de notar que Paladio practicó dos formas de ascetismo: durante su estancia en Escete y en el desierto de las Celdas siguió las directrices de Antonio; más tarde, después de su destierro, se ejercitó en la vida cenobítica siguiendo la regla de los tabennesiottas. De esta doble experiencia sacó la conclusión de que el elemento esencial de la vida monástica o religiosa es la renuncia al mundo o *apotaxia* (renunciamiento) ²².

Puede decirse que toda la ascesis monástica de los antiguos monjes egipcios tiene como fin y blanco la consecución de lo que ellos llamaban la "apázeia" (ἀπαγεια), palabra griega que expresa un complejo de vida espiritual consistente en la pacificación del hombre interior. La traducción más literal y directa es *impasibilidad* o *imparturbabilidad*. El monje que ha llegado a ella se llama *apazés* (ἀπαγής), *impasible*. Es un estado superior a las pasiones, una cierta indiferencia que no entraña ningún sentido estoico ni pelagiano, sino que expresa la *dominación* lograda por el solitario sobre las inclinaciones de la naturaleza tras una guerra sin cuartel contra sus malas tendencias.

El ideal es que todos los monjes lleguen a este estado, que se hagan superiores a la tentación, a las pasiones, al respeto humano. Cuando Paladio quiera encomiarnos a algún anacoreta y decirnos en pocas palabras que alcanzó el ideal de la vida monástica, le bastará con decir que era un "impasible", un *apazés*, o lo que es lo mismo, que llegó a la posesión de la *apázeia*.

Veamos ahora someramente las tres condiciones o requisitos previos para el logro de ese objetivo supremo de la "impasibilidad" o dominio sobre sí:

Ante todo, la *primera condición* de la vida monástica es dejar el mundo totalmente y huir al desierto ²³. Casi todos los episodios que nos narra Paladio parten de este presupuesto que a veces se halla explícito en su narración y otras aparece involucrado en el texto y que es fácil leer entre líneas. Para abrazar la vida austera (la ἀσκησις, la πολιτεία: caps. 18, 20, 41, 49 y 61), o la "vida virtuosa" (Βίος ενάτερς: Proem), o la "vida irreprochable" (Βίος ανεπιλεπτος: id.), es indispensable olvidar la vida del mundo y el consorcio de los hombres. El factor ambiente es de una importancia primerísima para los monjes. No hay más que leer los ejemplos que nos ofrece en los capítulos 15, 28, 37, 49, tan aleccionadores al respecto por lo que atañe a la reclusión, el silencio y la separación del mundo.

La *segunda condición* para llegar a la *apázeia* no es menos indispensable: la lucha contra los vicios. Paladio enumera concretamente seis: la ira (οργή), la envidia (φθονος), la vanagloria (χενοδοξία), la acidia, la murmuración o calumnia (χαταλαλία) y la sospecha sin motivo, o juicio temerario (υπονοια αλογος). Evagrio Póntico, maestro de Paladio, y luego Casiano (*Coll. V.* y *De Inst.* c. XII), añaden la

gula, lujuria, avaricia y tristeza. La expulsión de todos estos vicios, con todo el cortejo de luchas, victorias y derrotas, lleva espontáneamente a una tercera etapa positiva: la adquisición de las virtudes.

Y es la *tercera condición*, que fluye lógicamente de la guerra contra los vicios. La adquisición insensible de las virtudes va lográndose paulatinamente al par que se combate contra ellos. Es cierto que Paladio no trata ex profeso de las virtudes en forma sistemática, pues jamás teoriza, pero afloran tácticamente en sus relatos. Así, por ejemplo, nos habla realmente de la humildad cuando nos describe a la monja que se fingía demente (cap. 34), de la simplicidad y obediencia al referirnos la paciencia inquebrantable de Pablo el Simple (cap. 22), de la caridad y amor fraterno cuando traza la semblanza del monje compasivo (cap. 68), de la fortaleza y reciedumbre de carácter en el lector calumniado (capítulo 70), de la castidad y continencia cuando nos habla de su maestro Evagrio y de tantos otros (cf. caps. 57, 65, etc.).

Así como nos pintó cuadros lamentables y dolorosos de los vicios de monjes en que hizo mella la avaricia, la soberbia, la pedantería, así también nos ha legado rasgos admirables de ascetas a quienes abrasa-ba la llama de la caridad para con Dios y los hermanos ²⁴.

EL FIN ÚLTIMO

Cumplidas estas tres condiciones: renuncia al mundo, expulsión de los vicios y adquisición de las virtudes, el monje llegará a la pacificación completa de sí mismo, o sea, a la *impasibilidad* o la *apázeia*. Es como el fin inmediato al que apunta sin cesar el verdadero monje. Después de este objetivo sólo habrá el fin último: el Reino de Dios, la visión, la unión con la divinidad.

Cuando falta esa destinación suprema, esa meta última, el desierto se convierte en un antro de vicios y miserias entre las que Paladio refiere los desórdenes y las caídas deplorables (capítulo 24), las extravagancias y rarezas (capítulos 25 y 29), las alucinaciones (cap. 38), las excentricidades más absurdas y ridículas (capítulos 8 y 37).

Tal es el patrimonio de los monjes indignos, sectarios, indisciplinados, "giróvagos" o andariegos que penetraron en el desierto sin vocación, sin visión clara de lo que pretendían, sin ideal superior. Son aquellos que, "semejantes a nubes sin agua, sin rumbo fijo, van empujados por el viento".

Pero son los menos. Pues aparte de una proporción inevitable de ellos, es cierto que por la organización del ascetismo, ciudades populosas de monjes fueron por mucho tiempo asilos de piedad, de justicia y de trabajo. De ellos puede realmente decirse que eran “una pléyade de espíritus no vulgares que, superando la corrupción y la bajeza de su tiempo, se erigieron en verdaderos conductores de almas y en paladines del mensaje del Evangelio”²⁵.

TRABAJO Y ASISTENCIA SOCIAL ²⁶

El trabajo era una regla capital de ascetismo monástico y cristiano: no sólo el trabajo material de manos, que en Paladio ocurre muchas veces en sus distintas modalidades, de acuerdo con los variados oficios e incumbencias de los monjes (los pacomianos, cap. 32), sino también el trabajo paciente de copista y escritor, como aparece en los capítulos 13, 32, 38 y 45.

Además, característica de un ascetismo monástico floreciente fue siempre el hecho de que no por ser ascetas se inhubieran los monjes de los deberes sociales. Paladio nos habla de la solicitud de los monjes en pro de sus hermanos, de la generosidad y desprendimiento para subvenir a las necesidades ajenas (caps. 10, 14, 20, 45, 47 y 48). Y luego se extiende en describirnos la vida de los monjes pacomianos, cuya organización laboral estaba regulada con miras al beneficio ajeno y a la formación de verdaderos equipos de artesanos y trabajadores. Paladio nos da un bosquejo de la asistencia social de aquellos solitarios que se desvivían por el cuidado de los enfermos, desarrollaban una magna labor pastoral (cap. 37), aparte de la ayuda real e inmediata a los desvalidos (caps. 14, 40 y 68), la asistencia a los asilos y hospitales, los deberes de la hospitalidad más desinteresada en pro de los menesterosos (caps. 1, 11), etc.

Todo ello nos da una proyección eminentemente cristiana y evangélica de espíritus altruistas, dedicados a sus semejantes, y pródigos no sólo de sus cosas, sino de sí mismos en favor de los demás.

ESPIGANDO EN SU DOCTRINA

Evidentemente, Paladio no se propuso en su obra un fin apologético, por lo menos directamente, sino de edificación o de piedad.

“Este libro –dice– trata del virtuoso ascetismo y de la vida admirable de los santos padres, monjes y anacoretas del desierto. Ha sido escrito para edificación de aquellos que deseen vivir santamente y quieran seguir la senda que conduce al reino de los Cielos”²⁷.

Por lo mismo, no es su *Historia* un tratado didáctico, aun cuando ofrezca de vez en cuando ciertas indicaciones acerca de las creencias en boga o sobre las observancias monásticas de los distintos países cuya descripción nos ofrece. Únicamente lo hace de rechazo y sin más finalidad que la de establecer un marco étnico o geográfico en que situar los episodios que narra.

Las líneas generales de su doctrina espiritual se encuentran, sobre todo, en el prólogo. Dios nos ha hecho la gran merced de su gracia (pról., 1) y el don inapreciable de la razón (pról., 10). Con ambas nos inspira, nos hace andar en el camino de la vida y nos dirige hacia el logro de sus designios.

El hombre, a quien las pasiones hostiliza disputándose su dominio, tendrá que estar aparejado para dar cuenta de sus actos (cap. 24). Mientras esté en este mundo pertenece a la Iglesia católica (pról. 1), y cuando la muerte le sustrae a la vida mortal, se ruega por él (cap. 60), se celebran por él sacrificios (cap. 33), se la hacen funerales con salmodias (cap. 33) y se celebra una conmemoración el 3.^{er} y el 40.^{mo}, día después de su fallecimiento (cap. 21).

Cristo crucificado, bajo cuya égida se desarrolla la vida del solitario, es el Salvador de los hombres; su cruz constituye una salvaguarda, un antídoto, casi como un talismán religioso, pues por donde ha pasado su signo no tiene eficacia ningún mal de este mundo (cap. 2). Es, además, un emblema o distintivo, una señal propia de los monjes pacomianos (cap. 3).

Los ángeles y los demonios desempeñan un papel importante y casi decisivo en la vida de los hombres y del mundo. Paladio se complace en hablar de este tema como una idea muy suya y de los Padres.

Entre las criaturas que Dios creó, están los órdenes angélicos. Estos intervienen en la humanidad en calidad de mensajeros (caps. 29 y 31). Son algo así como los consejeros de su providencia, los guardianes de la virtud de los humanos²⁸, sobre todo en lo que afecta a la castidad (Véase también caps. 38 y 47).

A su vez, los demonios son de diversos órdenes después de la caída (carta a Lauso, 2). Tratan de engañar a los hombres y no dejan

piedra por mover para conseguirlo: lo hacen a veces coaligados con su cabecilla (cap. 25) y otras veces sin él, llevados sólo por la protervia de su malicia diabólica (caps. 19 y 21). Se adueñan de sus víctimas, los hombres, y los poseen y causan toda clase de vejámenes hasta producir en ellos trastornos orgánicos. El tratamiento a que se somete entonces a estos posesos se parece al que adopta la terapéutica moderna con los dementes y alienados, es decir, el aislamiento y la vida normal y corriente (caps. 25, 26, 44 y 53), cuando no la violencia y el castigo de los grillos o azotes. Haciéndose eco de la máxima evangélica, se rechaza a estos espíritus por medio de la oración, incluso a distancia (cap. 36) y merced al ayuno prolongado.

IGLESIA, ORACIÓN, SACRAMENTOS

En cuanto a la *Iglesia*, son interesantes algunos datos que nos proporciona Paladio al desgaire y sin dar importancia, pues para él y para la generalidad de sus lectores serían de sobra conocidos y vividos.

Nos habla de una jerarquía de obispos y corobispos (caps. 38 y 48), o sea, de obispos auxiliares o coadjutores, de sacerdotes (cap. 7), de diáconos (caps. 16 y 38), de lectores (caps. 38 y 70), de un chantre que sucumbe a la tentación (cap. 69). Estos distintos órdenes eclesiásticos alientan no pocas veces con sus prescripciones y dictámenes la obra de los anacoretas, cenobitas, monjes, diaconisas (cap. 41) y a las vírgenes y viudas.

Por lo que respecta al año litúrgico, también Paladio nos brinda ciertos pormenores de interés. Se celebraban y santificaban las fiestas, de la Epifanía (cap. 38), por ejemplo. Se llevaba una vida más ajustada y penitente dándose a la abstinencia y al ayuno durante la Cuaresma (capítulos 18 y 43). Se invocaba a los santos (cap. 60) cuyas reliquias se veneraban, en concreto las de Juan Bautista (cap. 44), y cuyos santuarios se visitaban con fines piadosos, emprendiendo largos viajes de peregrinación a pie hasta Roma y Alejandría (cap. 45).

En cuanto a la oración, se rezaba y oraba contando las oraciones con piedrecitas y cantando los salmos divinos con antífonas (cap. 43).

Para curar a los enfermos se usaba aceite bendecido (caps. 12 y 18) y agua (cap. 18), imponiéndose también las manos.

Por lo que respecta a los sacramentos, se alude a la Eucaristía, bautismo, matrimonio y una especie de confesión u *exomologesis*.

La *Eucaristía* la recibían los sábados y domingos (por ser ambos días de igual solemnidad en Oriente) (caps. 7 y 32). Por lo que se refiere a la *exomologesis* o confesión, se dan varios casos concretos en Paladio (véanse los caps. 18, 19, 26, 34 y 70).

Finalmente, parece haber en nuestro autor una clara referencia al Purgatorio, que tendrá lugar “al salir del estadio (del mundo)”, cuyas penas tienen por objeto satisfacer a la justicia divina por los pecados no satisfechos (cap. 28).

NUESTRA EDICIÓN

La *Historia Lausiaca* fue escrita en griego. El original se encuentra en dos clases de manuscritos, uno de los cuales contiene una “breve reseña” y el otro la más amplia.

Para nuestra versión seguimos el texto establecido por Dom E. CUTHBERT BUTLER, *Palladius, The Lausiaca History: I. A critical discussion; II. The Greek Text*, en la colección *Texts and Studies*, vol. VI, Cambridge, 1898, 1904.

Desde luego, no ignoramos que la edición butleriana ha sido tildada de incompleta, pues al elaborarla el autor no tuvo en cuenta una rama importante de manuscritos. Sin embargo, a falta de otra edición mejor, y mientras aguardamos la aparición de un trabajo crítico definitivo²⁹ adoptamos la suya.

Por lo que atañe a la traducción, nos hemos mantenido en la línea de la fidelidad al texto griego, si bien tratando de eludir las asperezas que lleva consigo una versión literal a ultranza. Por lo mismo, nos permitimos cierta sobria amplitud en algunos pasajes, pocos. Nuestro propósito no ha sido elaborar una edición de índole científica o técnica, sino hacer obra de divulgación y, por tanto, ofrecer al lector una versión ajustada, pero al mismo tiempo suelta y fácil de suerte que conjugar la literalidad con la agilidad. Es el mejor criterio que puede seguirse en obras como éstas, de índole histórica, o, mejor dicho, de descripción anecdótica.

Paladio escribe en un estilo sencillo como sencillo es lo que cuenta. Aunque a veces deja entrever que no desconocía la preceptiva clásica, sería vano empeño buscar en él un clásico, ni siquiera un escritor atildado que trata de dar a su griego una impronta aticista. En ocasiones, sobre todo en el prólogo y en el cap. XLVII, tiene períodos

largos y sobrecargados, pero la tónica general es la sencillez, tanto en la forma descriptiva como en la dialogada.

En el proemio dice: “Yo, poco instruido en la lengua...”, mientras que en el prólogo afirma que “no cuadra con la enseñanza divina una expresión demasiado acicalada”³⁰; por otra parte, en la carta dirigida al Prepósito Lauso insiste³¹ en que “el Maestro no acostumbraba a sus discípulos a la elegancia del lenguaje” (cap. 31). Y hay que reconocer que Paladio se mantiene, salvo raras excepciones, en la línea de este criterio estilístico que se complace en lo enjuto y descarnado de la frase.

Con arreglo, pues, a esta simplicidad, hemos tratado de dar una traducción sencilla y amena que reflejara en lo posible la sencillez y amenidad del autor.

Para terminar esta sucinta presentación, vienen como anillo al dedo las palabras con que Paladio se despide de Lauso en el epílogo:

“Y ahora recorre la vida de estos santos, sus trabajos, su admirable ascetismo, su inagotable paciencia. Y sigue en pos de ellos con ardor, a impulsos de una esperanza inquebrantable, viendo que los días que se te ofrecen por delante son más breves que las jornadas transcurridas hasta hoy”.

L.E.S.

Monasterio de *El Paular*, mayo de 1969.

BIBLIOGRAFIA SELECTA DE PALADIO

- C. BUTLER, *The Lausiaca History of Palladius*, 2 vols. (TSt 6, 1-2), Cambridge, 1904.
- Paradisus Heraclidis*. Versión latina antigua: PL 74, 249/342 y PL 74, 343/382.
- F. DIEKAMP, *Analecta Patristica* (Orientalia Christiana Analecta 117) (Roma, 1938), 23-27
- A. J. FESTUGIÈRE, *Historia monachorum in Aegypto*. Édition critique du texte grec (Bruselas, 1961).
- O HANSEN, *Berliner Sogdische Texte II* (Akademie der Wissenschaften und der Literatur in Mainz. Abhandlungen der Geistes und Sozialwissenschaftlichen Klasse (1954), n. 15) (Wiesbaden, 1955).
- W. K. L. CLARKE, *The Lausiaca History of Palladius*, Society for Promoting Christian Knowledge, de Londres (SPCK) (Londres y Nueva York, 1918).
- A. LUCOT, *Palladius. Histoire Lausiaque. Text grec, introd. et trad.*, París, 1912. (Ofrece el texto fijado por Butler un tanto mejorado en algunos pasajes).
- RUFINUS, *Historia Monachorum in Aegypto*, PL 21, 387/462.
- E. PREUSCHEN, *Palladius und Rufinus* (Giessen, 1897), 1-131, con el texto greigo.
- F. HALKIN, *L'Histoire Lausiaque et les Vies grecques de St. Pacôme*: ANALECTA BOLLANDIANA, DE BRUSELAS, AB 48 (1930), 257-301.

NOTAS

1. J. QUASTEN, *Patrología*, v. II, pp. 184 ss. BAC. Madrid.
2. *Hist. Laus.* Prólogo, 2.
3. Cuyo fervido partidario era: de él escribió una vida dialogada *Diálogos de Vita Chryssostomi*, PG 47, col. 75, que trata de la vida y obra del Obispo de Constantinopla.
4. En la Tebaida, donde estaban emplazados los grandes monasterios de San Pacomio, fundador de los cenobitas. *Hist. Laus.*, c. 32, 9.
5. Probablemente, en 425, ya que en el Concilio de Efeso figura un tal Eusebio como Obispo de Aspuna.
6. J. QUASTEN, *op. cit.*, *ibid.*
7. L. BOUYER, *La vie de S. Antoine*, pp. 4, 5 ss; J.-M. *Les moines D'Orient*, pp. 2, 4 ss. Véase la *Vita Antonii*, escrita por SAN ATANASIO, PG 26, 841.

8. *Hist. Laus.*, cap. 32. L. TH. LEFORT, *LES VIES COPTES DE SAINT PACHOME ET DE SES PREMIERS SUCCESEURS* (BIBLIOTHEQUE DU MUSEON, 16, Lovaina, 1943) pp. 85 ss.

9. *San benito, su vida y su Regla*, p. 5 ss BAC, vol. 115. Madrid 1954; P. DE LABRIOLLE, *Les debuts du Monachisme*, París, 1945, p. 302.

10. Cf. A. LOCUT, *Palladius Histoire Lausiaque*, París, 1912. p. X/XIII de la *Introducción*.

11. LUCOT, *op. cit.*, p. XXV ss. *Introducción*.

12. Cf. A. RAMÓN ARRUFAT, *Historia Lausiaca de Palladi*, Barcelona. Fundación Benat Metge, 1927, p. 13 ss.

13. Probablemente en Ancira, la moderna Angora. Galacia era provincia de Asia Menor, al sur de Bitinia.

14. *Hist. Laus.*, cap. 32; CASTANO *Inst.*, lib. II cc. 4/7. Col. *Nebli*, n. 15, Madrid, 1957. p. 58 ss. El especialista a que nos referimos es Dom. C. BUTLER, *Palladius, The Lausiaca History*, t. I., p. 36.

15. *Hist. Laus.* Prólogo.

16. *Hist. Laus.* Proemio.

17. J. Quasten, *op. cit.*, p. 185. *Hist. Laus.* Pról. 10.

18. LUCOT, *op. cit.*, Int. p. XXXII.

19. NICÉFORO CALIXTO (1350), *Hist. Ecl.*, 11, 14.

20. *Scholast* IV, 23. "de ils autem omnia accurate pertractavit". Cf. además CASIODORO (477/570), *Hist. Tripart.*, VIII.

21. J. M. BESSE, *op. cit.*, p. 211 ss.

22. Cf. D. AMAND, *L'Ascèse monastique de Saint Basil*, páginas 72/74.

23. Cf. M. OLPHE-GALLARD, *Ascèse, Ascetisme*, en *d.s.*, t. 1, col. 941/960.

24. Véase en *Hist. Laus.* la historia de Eulogio (cap. 21), de Hipólito (cap. 65), y tantas otras.

25. Cf. LUCOT, *op. cit.*, p. XLV ss. de la *Introducción*.

26. Véanse especialmente en *Hist Laus*, los caps. 10, 14, 20, 32, 38, 45 y 58, en que se nos describe con ejemplos vivos esta labor social de beneficencia y ayuda a los desheredados y que formaba parte del ideal de ascetismo monástico.

27. Proemio. 1. Y en otra parte del prólogo: "escribió esta obra para que, teniendo un recuerdo venerable y útil al alma, al par que un remedio contra el olvido, progreses más y más en tu resolución de llevar una vida de piedad" (prólogo. 3).

28. Cap. 24, final: habla Esteban refiriéndose a sus padecimientos durante una operación quirúrgica: "Hijitos, no os preocupéis por esto, pues Dios no hace nada por malicia, sino por algún fin útil. Tal vez estos miembros merecían un castigo, y es preferible que satisfagan ahora a la justicia que después al salir del estadio de este mundo".

29. R. DRAGUET *Butleriana: Une mauvaise cause et son malchanceux avocat; Mus.* (1955), 238/258. *Id.* *Une nouvelle source de Pallade. L'Histoire Lausiaque, une oeuvre écrite dans l'esprit d'un voyage: EHE* (1946), 321/364.

30. *Hist. Laus.* Proemio. 4

31. *Id.* Carta a Laus. 3. Cf. también prólogo 4, en que se expresa casi en los mismos términos.

CARTA DE PALADIO A LAUSO
PROLOGO A LA “HISTORIA LAUSIACA”

PROEMIO ¹

DE LA VIDA DE LOS SANTOS PADRES

1. En este libro se describen la virtuosa ascesis y la vida admirable de los santos Padres ², monjes y anacoretas, que vivieron en el desierto. Su objeto es despertar el entusiasmo y la imitación de aquellos que quieren seguir el estilo de vida celestial y desean andar por el sendero que conduce al reino de los cielos.

También evoca este opúsculo los recuerdos de mujeres ancianas e ilustres madres poseídas del Espíritu de Dios, que libraron las luchas del ascetismo con espíritu varonil para ejemplo y acicate de las que anhelan ceñirse la corona de la castidad y de la inocencia.

2. Y he aquí la causa primera: un varón que sobresale en todo, un hombre eruditísimo, de costumbres pacíficas, piadoso a carta cabal, religioso por convicción, liberal con los indigentes, preferido, en las dignidades, a muchos hombres selectos por la excelencia de su carácter y movido en todo por la gracia del Espíritu divino, nos lo ha ordenado, o, mejor dicho, ha despertado nuestro espíritu indolente con la contemplación de las cosas superiores para llevarnos a la imitación y emulación de las virtudes ascéticas de nuestros santos e inmortales Padres espirituales y de aquellos que, para agradar a Dios, vivieron una dura vida de penitencia.

3. Así, pues, después de haber escrito las vidas de estos atletas invencibles ³, se las hemos transmitido a Lauso pregonando las virtudes esclarecidas de cada uno de estos colosos de la santidad. Pero hay que decir que el que se ha sentido movido por este deseo divino y espiritual es Lauso ⁴, el mejor de los hombres, y, después del socorro de Dios, custodio designado del devoto y religioso Imperio.

4. Yo me considero poco instruido en la lengua y he gustado muy por encima el arte espiritual ⁵, e indigno de tejer la lista de los santos Padres de la vida religiosa, sobrecogido ante la magnitud de la empresa que sobrepuja mis fuerzas, he tenido que acatar esta orden que exigía muchos conocimientos profanos y harta sutileza espiritual.

No obstante, a causa de la veneración que me inspiraba la virtud de aquel que nos movía a esta tarea, y teniendo en cuenta, además, la utilidad de los lectores y temiendo aún el peligro de una negativa, aunque sea razonable, he hecho ofrenda del honrosa encargo a la divina Providencia. Luego, poniendo todo mi esmero y alentado por la intercesión de los santos Padres, he descendido a la liza y he descrito en bosquejo las luchas y principales maravillas de atletas insignes y de varones notables.

Mas no me ocupo únicamente de célebres paladines que adoptaron el mejor estilo de vida, sino también de mujeres santas y esclarecidas que anduvieron por la senda de una vida perfecta.

ATLETAS DE CRISTO

5. De los unos tuve la dicha de ver personalmente las figuras venerables. En cuanto a los otros, que alcanzaron la perfección en la senda de la piedad, pude conocer los rasgos de su vida de los mismos labios inspirados de los atletas de Cristo. Para ello tuve que recorrer, viajando a pie y con fines de piedad, muchas ciudades y numerosas aldeas, y todas las lauras y tiendas de los monjes del yermo.

He escrito con gran exactitud aquello que yo mismo pude visitar y que oí de la boca de los santos Padres. He dejado, digo, escritas en un libro las luchas de hombres eminentes y de mujeres dotadas de un espíritu más varonil que el que les pudo dar la naturaleza. Y ello a causa de su esperanza en Cristo.

Ahora lo transmito a tus oídos, que se complacen en escuchar la palabra divina, a ti, Lauso, ejemplo y gloria de los hombres excelentes y religiosos, ornamento del fidelísimo y religioso Imperio, noble y cristianísimo siervo de Dios, grabando, por así decirlo, al mismo tiempo, según la flaqueza de mis fuerzas, el nombre excelso de cada uno de los atletas de Cristo, hombres y mujeres.

De entre los combates tan innumerables como singulares de cada uno de estos héroes he relatado sólo algunos, y aun muy brevemente,

agregando en muchos casos, a título de ilustración, la nación, la ciudad y el lugar en donde vi que se había desarrollado su existencia.

6. Me he ocupado asimismo de ciertos hombres y mujeres ⁶ de una virtud excepcional, pero que a causa de la vanagloria, madre del orgullo, se precipitaron en lo más hondo del infierno.

Así fue como las victorias de la ascesis, tan apetecidas y tan costosas, que habían alcanzado en largos años y con harta fatiga, quedaron frustradas en un momento por la suficiencia y la presunción. Sin embargo, por la gracia de nuestro Salvador, por el cuidado y solicitud de los santos Padres y por la compasión de entrañas espirituales ⁷ han sido librados de las redes del diablo y gracias a las oraciones de los santos volvieron a la virtud de antaño.

NOTAS

1. Este preámbulo no es de Paladio, probablemente; los lectores a que se dirige no son precisamente ni Lauso ni personas de su rango o esfera social. Sin embargo, la afinidad de estilo hizo que se le atribuyera ya de antiguo, y de hecho ha figurado siempre al principio de su *Historia*.

2. *αγιον*, epíteto demostrativo de una santidad ritual, por decirlo así, y moral no eclesiástica, decretada por una canonización oficial. Los antiguos lo aplicaban a los regenerados por el bautismo — así, por ejemplo, san Pablo — y luego se generalizó en la literatura a los Padres para designar a hombres virtuosos y sobre todo, a monjes y clérigos.

3. *Ασλητων*. Aunque *atteta* se refiere aquí expresamente a los monjes, sobre todo a los anacoretas que luchan con sólo su brazo contra el Enemigo en medio de la soledad, se aplicaba antiguamente a todo cristiano vencedor de sí mismo y de sus pasiones.

4. Camarlengo en la corte de Teodoro II, en el segundo consulado de Taciano (408/456). Paladio le conoció en la corte, anudó con él íntima amistad y a ruego suyo escribió su *Historia*, que de él recibió el nombre de Lausfaca o Lausiana.

5. Πνευματικης ηγωσεως literalmente, “de la *ciencia* espiritual”.

6. Efectivamente, Paladio nos cuenta episodios notables de hombres y mujeres, pues unos y otras han representado sin distinción el papel de protagonistas en esa epopeya cristiana que es la tantas veces repetidas por él *ασξγισ* el “ascetismo”, y en la que lucharon a brazo partido ambos sexos.

7. Πνευματικων *επλαγχων*, a la letra “de entrañas espirituales”. También podría traducirse por “espíritus benévolos, compasivos”, y referirse entonces a los espíritus angélicos, a los que se da tanta importancia en la Historia de Paladio. Véase INTRODUCCIÓN.

*COPIA DE UNA CARTA ¹ ESCRITA POR EL OBISPO PALADIO AL
PREPOSITO LAUSO ²*

1. Te felicito por tu decisión. Y, por cierto, que hay razón sobrada para empezar la carta con felicitaciones, pues mientras todo el mundo no hace más que ponderar las frivolidades y emplea para edificar a las gentes medios de que no puede lisonjearse, tú quieres ser adoctrinado con palabras de edificación.

Solamente el Dios del universo no necesita lección alguna, como quiera que es principio de Sí mismo y con anterioridad a El no existió nadie jamás. Mas toda otra cosa es susceptible de enseñanza, precisamente por su condición de ser producida y creada. Las primeras jerarquías angélicas tienen por maestra a la Trinidad altísima, las segundas reciben la enseñanza de las primeras, las terceras de las segundas y así sucesivamente por grados hasta las postreras. Pues los seres superiores en inteligencia y en virtud instruyen a los inferiores en la ciencia.

2. Por lo mismo, aquellos que se creen no tener necesidad de maestro o rehusan la obediencia a los que les enseñan con caridad, enfermen de ignorancia, que es madre de la soberbia. tienen por cabecillas en su perdición a aquellos que, víctimas de ese morbo del orgullo, cayeron de su morada celestial, los diablos, que merodean por los aires después de haberse revelado con sus satélites del cielo.

Y es que la enseñanza no consiste ni en las palabras ni en las sílabas que se hallan a veces en boca de los más viles, sino en la probidad de costumbres, en el buen carácter, en el valor y en la intrepidez, en la afabilidad y, sobre todo, en la sinceridad que engendran y hacen de las palabras como una llama de fuego.

3. De no ser así, el supremo Doctor nunca habría exhortado a sus discípulos: “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón”³. El no acostumbraba a los apóstoles a la elegancia del lenguaje, sino a la circunspección en todo, ni abrumaba a nadie, salvo a los que aborrecían la palabra y a los maestros.

El alma, pues, que se ejercita en los caminos de Dios, conviene que aprenda con fidelidad lo que ignora, o que enseñe paladinamente lo que sabe. Mas si, pudiendo, no quiere hacer ni lo uno ni lo otro, no hay duda de que es víctima de locura. Porque la apostasía empieza por el fastidio o desamor a la enseñanza y por la repugnancia de la palabra⁴, de la cual siempre se siente hambrienta el alma que ama a Dios.

En consecuencia, consérvate fuerte, sano y animoso, y que Dios te conceda la gracia de seguir muy de cerca la ciencia de Cristo.

NOTAS

1. Esta carta, si realmente es auténtica –lo cual es muy probable en el sentir de los mejores críticos modernos–, se halla en los manuscritos más autorizados. Debió de ser enviada a Lauso junto con la *Historia Lausiaca*, de modo que no formaba parte de ella.

2. La administración central colocada a este *Prepósito* al lado del canciller del Imperio.

3. *Mt*, 11, 29.

4. *Ανοξία λόγου* “inapetencia de la palabra”; se refiere evidentemente, a la palabra de Cristo o doctrina evangélica.

HISTORIA LAUSIACA ¹

PRÓLOGO

1. No pocos escritores legaron a sus siglos, en épocas distintas, tratados numerosos y de muy diversa índole y objeto. Unos, bajo la inspiración de la gracia divina, se propusieron la edificación y seguridad de aquellos que seguían con recta intención la doctrina del Salvador. Otros, con el fin de halagar a los hombres y con ánimo torcido, produjeron con sus escritos pura hojarasca para seguir la corriente de los que apetecen la gloria vana. En fin, otros, llevados por una especie de locura y por impulso diabólico —el diablo fue siempre enemigo del bien—, se unieron, en su orgullo y su furor, a los desatinos de los insensatos, resentidos contra la vida santa, con el fin de desorientar a los hombres veleidosos y mancillar así a la Iglesia católica immaculada.

2. También yo, en mi pequeñez, y con todo el respeto, y por encargo tuyo, varón magnánimo, que tienes como meta el progreso del alma, me he decidido, tomando las cosas desde el principio, a publicar en forma narrativa este librito, y te lo dedico a ti, hombre amante de las letras, precisamente al cumplirse treinta y tres años de mi estancia entre los hermanos y de mi vida monástica, veinte de episcopado y cincuenta y seis de edad ². Lo escribo sabiendo cómo te complaces en las narraciones minuciosas sobre los Padres, varones y mujeres, a quienes he podido ver, de quienes he oído hablar o he visitado en el desierto de Egipto, en Libia, en la Tebaida, en Siene —más allá de la cual viven los llamados tabennesiotas ³—, luego en Mesopotamia, Palestina y Siria, y aún en las comarcas de Occidente, en Roma, en Campania y en sus alrededores.

3. Mi intención es que, al tener un recuerdo venerable y al propio tiempo útil al alma, sea también un remedio contra el olvido. Que por él puedas librarte del sopor producido por una codicia poco razonable, de toda vacilación y mezquindad en lo necesario, de la pereza y pusilanimidad de carácter, de la acritud, de la turbación, de la tristeza, del temor insensato y de la excitación del mundo. Progresas más bien en tu resolución de piedad, convirtiéndote en tu propia guía; selo también para tus allegados, para tus inferiores y para los piadosísimos emperadores, ya que por tus buenas obras todos los amigos de Cristo arden en deseos de unirse a Dios.

4. Tú también esperas día tras días la liberación de tu alma, según la Escritura: “Bueno es marcharse y estar con Cristo”⁴; y aún: “Prepara tus obras para la partida y disponte en tu campo”⁵. Pues quien piensa continuamente en la muerte, que sin duda vendrá con presteza, no cometerá pecados graves; como tampoco se engañará sobre la base de los preceptos, ni menospreciará el lenguaje, la sencillez y la inelegancia del estilo.

No cuadra, por otra parte, a la enseñanza divina que se exprese con una pulcritud preciosista; es mejor que persuada a la inteligencia con conceptos verdaderos, según el proverbio: “Abre tu boca a la Palabra de Dios”⁶; y en otro lugar: “No quieras alejarte de los consejos de los ancianos, porque también ellos lo han aprendido de sus padres”⁷.

CORRERÍAS DE PALADIO

5. Como decía, pues, eruditísimo varón de Dios, para conformarme en parte a esta sentencia bíblica, he visitado a muchos santos⁸, inclusive he llegado al extremo de hacer treinta días de camino, y aún dos veces otro tanto (Dios es testigo de ello), y de recorrer todo el Imperio romano, soportando con gusto las privaciones del viaje a trueque de visitar a un varón de Dios y de lograr lo que todavía me faltaba.

6. Pues si Pablo, mucho más virtuoso que yo, que me aventajaba por su manera de vivir, por sus conocimientos, por su conciencia y por su fe, se puso en camino desde Tarso hasta la Judea para visitar a

Pedro, a Jaime y a Juan, y se gloria de ello al grabar en mármol sus fatigas para estimular a los que viven en la pereza y en el ocio, diciendo: “Subí a Jerusalén para ver a Cefas”⁹, y no se contentó con la fama de su virtud, sino que deseó verle cara a cara, con cuánta mayor razón yo, deudor de diez mil talentos, tenía que hacerlo, no para reportarles algún beneficio, sino para buscar mi utilidad.

7. Y, en efecto, los que han escrito las vidas de los padres de Abrahán y sus sucesores Moisés, Elías y Juan, no lo han hecho sólo para encomiarlos, sino también para ser útiles a los lectores.

Pues bien, ¡oh Lauso!, fidelísimo siervo de Cristo, que sabes de sobra estas cosas; al recomendártelas a menudo, soporta aún nuestro paloteo a fin de guardar la piedad en tu espíritu. No olvides que estás, naturalmente, expuesto a fluctuaciones bajo la acción del mal, visible e invisible, y sólo podrás gozar de la calma gracias a la oración ininterrumpida y a la solicitud por tus intereses espirituales.

ESTRAGOS DEL ORGULLO

8. Pues muchos de los hermanos, enorgullecidos por sus fatigas y limosnas, infatuados por su profesión de celibato y virginidad y confiados en su meditación de las sentencias divinas y en su celo, no han podido llegar a la impasibilidad¹⁰ por falta de discernimiento, bajo pretexto de piedad: han enfermado de ciertas curiosidades, de donde nacen empresas complicadas y actividades culpables, que alejan de la costumbre del bien obrar, madre de la aplicación que se debe a lo que nos es personal.

9. Por eso te pido que seas hombre y no amontones riquezas. Se que sigues mi consejo, pues las has distribuido en gran parte entre los indigentes, movido por la ayuda que esto proporciona a la virtud. Pero no has seguido los primeros impulsos del corazón o la presunción del instinto para complacer a los hombres. Por eso no has obligado tu decisión con la rémora de un juramento, como hicieron otros que, por emulación y por el prurrito de pasar sin comer ni beber, ataron su albedrío al juramento, y después lo quebrantaron miserablemente por amor a la vida, por desánimo¹¹ y por voluptuosidad, sintiendo el aguijón del perjurio.

10. Tú, empero, si razonablemente asumes unas responsabilidades y razonablemente las dejas, nunca cometerás pecado. Porque la razón, que es divina, aleja las cosas perniciosas y toma, al contrario, las ventajosas, ya que “la Ley no ha sido hecha para el justo”¹². Mucho mejor será, por tanto, beber vino con moderación que beber agua con orgullo. Ten por santos a los hombres que beben vino con medida y por profanos a los que beben agua desmesuradamente, y no menosprecies ni alabes más lo material, sino proclama feliz o desdichada la intención de los que se sirven bien o mal de las cosas materiales.

11. Antaño, José bebió vino en Egipto, pero su espíritu no salió perjudicado, porque previó esa contingencia y la evitó. En cambio, Pitágoras, Diógenes, Platón¹³, los maniqueos y todos los pretendidos filósofos bebieron agua, y en su intemperancia llegaron a tal vanagloria que desconocieron a Dios y adoraron a los ídolos. Igualmente, los compañeros del apóstol Pedro probaron vino, y los judíos lo echaron en cara a su Maestro, diciendo: “¿Por qué tus discípulos no ayunan como los de Juan?”¹⁴; después, insultando a los discípulos con recriminaciones, les decían: “Vuestro Maestro come y bebe con publicanos y pecadores”¹⁵; y es de suponer que no les achacaban el uso del pan y del agua, sino el de los buenos manjares y del vino.

12. El Salvador respondía a los que encomiaban a ultranza el uso del agua, y censuraban el uso del vino: “Juan ha venido por un camino de justicia, sin comer ni beber”¹⁶ (se entiende manjares y vino; de otro modo, sin lo demás no habría podido vivir), “y dicen: Tiene un diablo. El Hijo del hombre ha venido comiendo y bebiendo, y dicen: He aquí un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores”¹⁷, a causa de la comida y bebida.

LA FE EN EL AMOR

¿Qué tenemos que hacer, pues? No preocuparnos de los que nos critican ni de los que nos alaban, y ayunar razonablemente con Juan, aunque digan: “Tiene el diablo”; o bien beber vino discretamente con Jesús si el cuerpo lo exige, aunque digan: “Ved qué hombres más glotones y bebedores”.

13. Pues ni la comida ni la abstinencia son nada en realidad; lo que importa es la fe que mediante la caridad se extiende a las obras. Cuando la fe acompaña a todos los actos, quien come o bebe por su causa no puede ser condenado, “pues todo lo que no procede de la fe es pecado”¹⁸. Pero, puesto que cuantos pequen dirán que participan de la fe u obran de cualquier otra manea por ella, inspirándose en un criterio falso o en una conciencia viciada, el Salvador distinguió al decir: “Por sus frutos los conoceréis”¹⁹.

Todos reconocen, desde luego, que el fruto de los que se rigen por la razón y por la inteligencia, según el apóstol, “es caridad, alegría, paz, longanimidad, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”.

14. El mismo Pablo añade: “El fruto del espíritu es”²⁰ esto y aquello. Quien lucha por obtener tales frutos no comerá carne ni beberá vino de modo irracional, irreflexiva e inconsideradamente; el mismo Pablo decía también: “El hombre que lucha tiene templanza en todo”²¹. Cuando el cuerpo está sano, se abstiene de alimentos demasiado nutritivos, pero cuando está enfermizo, sufre y le abruma la tristeza o la desgracia, tomará manjares o bebidas como remedio para sanar sus aflicciones y se abstendrá de lo que puede perjudicar al alma —ira, envidia, vanagloria, pereza, detracción, sospecha infundada—, y dará gracias por ello al Señor.

15. He hablado ya suficientemente sobre este punto. Quiero satisfacer ahora con otra exhortación tu deseo de instruirte.

EL EJEMPLO DE LOS SANTOS

Huye tanto como puedas de los hombres cuyo trato no pueda serte útil y que cuidan su piel de manera incoherente, aunque sean ortodoxos, o al menos no herejes en algo: son perjudiciales por su hipocresía, aunque por su canicie y por sus arrugas aparenten edad avanzada. Aunque no sufrieres ningún daño de su parte, debido a la nobleza de tu carácter, con todo, burlándote de ellos llegarías a ser insolente y orgulloso, lo que sería un daño para ti.

Con más solicitud, pues, que una ventana luminosa, busca las santas conversaciones de hombres y mujeres. Por medio de ellos podrá ver claramente tu corazón como si fuera un libro de escritura compacta²² y, comparándote con ellos, podrás apreciar tu negligencia o tu pereza.

16. Pues el color de los rostros que florecen debajo de las canas, la manera de producirse, el estilo sencillo en el lenguaje, la discreción en las expresiones y la gracia de los pensamientos te darán aliento, aunque se haya apoderado de ti la melancolía²³, pues “el vestido de un hombre, su porte y la sonrisa de su boca revelan su carácter”²⁴, como dice la Sabiduría.

Habiendo, pues, comenzado estas narraciones no dejaré de mencionar, pues son desconocidos para ti en mi discurso, a aquellos que han vivido en ciudades, aldeas o desiertos; pues lo que pretendo no es describir el lugar donde han morado, sino interpretar el sentido de su manera de vivir.

NOTAS

1. Aparte este título, que ha prevalecido, por atestiguarlo los mejores códices, figuran otros como el de Παράδεισος (*Paraiso*), genérico de las obras que tratan del monacato egipcio y de las vidas de los padres; y el de Βίος των αγίων Πατέρων (*Vidas de los santos Padres*).

2. O sea, en 410 ó 420, seis años aproximadamente antes de morir.

3. Monjes de Tabenna. Cf. cap. 32 de la *Historia*, en que Paladio nos describe extensamente su género de vida y costumbres.

4. *Fl* 1, 23, sobre el modo de citar Paladio la Escritura.

5. *Pr* 24, 27.

6. *Pr* 31, 8.

7. *Eclo* 8, 9.

8. Este hecho de ser Paladio intérprete de los Padres, porque ha vivido con ellos y ha escuchado de sus labios lo mismo que nos cuenta, es una de las pruebas más contundentes de la veracidad de sus relatos tan llenos de vida y de sabor real. Otras veces, en cambio, nos dirá que “ha oído decir” o sabe “por referencias de otros” lo que nos va a relatar. Véase nuestra INTRODUCCIÓN, a propósito de la historicidad de Paladio.

9. *Gal* 1, 18. Nótese para la verificación de las referencias bíblicas, que Paladio cita la Escritura de memoria o según un texto que no es el usual entre nosotros.

10. Απαφεια es un vocablo que aparece muchas veces en nuestro autor con el sentido de “imposibilidad” o “imperturbabilidad” propia de quien ha superado las pasiones tras largos años de lucha y duro ascetismo. Constituye para los antiguos monjes egipcios el ideal supremo del solitario. Véase nuestra INTRODUCCIÓN.

11. La αζηδία acedia o acidia es uno de los vicios más comunes de los monjes eremitas. Es una tristeza vaga o melancolía, sobre todo frente a las cosas espirituales. Designa una forma de indolencia, apatía o displicencia de sí mismo y de las cosas en torno. Casiano en *Coll* V, 2, 9, nos dice: “... es el tedio o ansiedad que invade a los anacoretas y a los monjes que viven inactivos y como inertes en la soledad”.

12. 1 Tim 1, 9.

13. Dom Bulter nos dice que según una comunicación de Henry Jackson, Pitágoras y Diógenes eran abstemios, y Platón bebía vino con moderación. *Op. cit.*, t. II, p. 184 ss.

14. *Mc* 2, 18.

15. *Mt* 9, 11.

16. *Mt* 21, 32.

17. *Mt* 11, 18, 19.

18. *Rm* 14, 23.

19. *Mt* 7, 16.

20. *Ga* 5, 22.

21. *I C* 9, 25.

22. Lugar un tanto oscuro que ha dado lugar a polémicas entre los críticos. Seguimos el texto griego establecido por Lucot (*op. cit.*, p. 33) y traducimos la frase que parece arrojar el sentido obvio que se desprende del contexto: “pongo como dechado a los santos varones, como lumbreras a las que hemos de acercarnos para modelar, según ellos, nuestra vida espiritual, a la manera como nos aproximamos a una ventana que deja penetrar la luz del sol para poder leer un libro de caracteres diminutos y compactos”.

23. Literalmente, *acidia* o fastidio.

24.. *Eclo* 19, 27.

EMPIEZAN LOS CAPITULOS DE
LA HISTORIA LAUSIACA, O SEA,
EL TEXTO PROPIAMENTE DICHO

CAPÍTULO I

ISIDORO

Al poner por primera vez los pies en la ciudad de Alejandría ¹, durante el segundo consulado del gran emperador Teodosio ² —que actualmente mora con los ángeles a causa de su fe en Cristo—, hallé a un varón admirable, muy esclarecido en virtud y ciencia, el presbítero Isidoro, hospitalario de la Iglesia de Alejandría ³.

Decíase de él que había vivido sus primeras luchas de juventud en el desierto, y efectivamente pude ver su celda en la montaña de Nitia. Cuando le encontré era ya un anciano que frisaría en los setenta años. Tras de haber sobrevivido otros quince, murió en paz. Hasta la hora de la muerte no se vistió con ropa de lino, excepto una cofia ⁴, ni tomó un baño ni probó carne. Tenía un aspecto físico tan agraciado, que todos los que ignoraban su estilo de vida, creían que vivía en la molicie y el bienestar.

Me faltaría tiempo si quisiera contar minuciosamente las virtudes que adornaban su alma. Era tan caritativo y pacífico que incluso sus enemigos —los infieles— veneraban su sombra por la bondad extraordinaria que se traslucía en todo su continente.

Tuvo un conocimiento tan profundo de las Escrituras y de los divinos preceptos que hasta en las comidas de los hermanos se enajenaba y quedaba como absorto. Luego, al preguntarle los detalles del arrobamiento, respondía: “Me avergüenzo de tomar un alimento tan poco en consonancia con la razón, yo, criatura racional que estoy destinado a vivir en un paraíso de delicias en virtud de la gracia que nos ha sido dada por Cristo” ⁵.

Era conocido en Roma por todos los senadores y las matronas patricias cuando había ido allí por primera vez con el obispo Atanasio ⁶, y posteriormente con el obispo Demetrio. Nadando en la riqueza y abundancia de bienes, no hizo testamento al morir, y no dejó dinero ni nada a sus propias hermanas, que eran vírgenes. Pero las encomendó a Cristo con estas palabras: “Vuestro Creador tendrá solicitud de vuestra vida como la ha tenido de mí”.

Con estas hermanas suyas vivía una comunidad de setenta vírgenes.

Un día, al dirigirme a él cuando estaba yo aún en mi mocedad, le pedí consejo sobre la vida monástica. Creyendo él que estando yo en plena efervescencia de la edad no necesitaba de discursos sino de combates y fatigas de la carne, a la manera que un hábil domador de potros, me condujo extramuros de la ciudad a un lugar llamado las “Soledades” ⁷ distante unos cinco miliarios, y allí me dejó sin más.

NOTAS

1. A la letra dice “de los Alejandrinos”; parece tener en la mente Paladio la ciudad en cuanto era sede de la celeberrima escuela cristiana de Alejandría.

2. El año 388, cuando Paladio frisaba en los veinticuatro. Véase “Vida de Paladio”, en nuestra *Introducción*.

3. Había sido antes monje de Nitria junto con los cuatro “Hermanos altos”, de los que se hará mención más de una vez en esta *Historia*. Tomó parte en las controversias de su tiempo durante el patriarcado de Teófilo de Alejandría, relativas a la lucha que sostuvo éste contra Juan Crisóstomo. Murió en 403 refugiado en la sede de Constantinopla a causa de la persecución del prepotente Teófilo. Es de notar que Paladio menciona tres monjes del mismo nombre Isidoro, pero aquí se trata del partidario de Crisóstomo.

4. γαχιολιον. Se le ha traducido por *facialis* y también *vitta*, cinta para enjugar el sudor, venda, faja. Se trata sencillamente de una prenda que cubría la cabeza como el *caffieh* cubre la de los árabes para protegerse del sol.

5. Alguien ha visto en estas tres palabras ἀπεδημηα ἀρπαγεις θεωριας la denominación, o, mejor, la descripción de tres especies de éxtasis: el éxtasis simple, el arrobamiento y el vuelo del espíritu. Realmente Paladio habla de ἐξτασεως en el sentido de nuestros místicos modernos, y es innegable que todo este pasaje se halla en la línea de una descripción en este sentido. (Cf. LUCOT, *op. cit.*, p. 36 ss.).

6. Empezó este viaje hacia 340. Atanasio fue el más célebre de los obispos alejandrinos y es, sin duda, una de las personalidades más relevantes de la antigüedad

cristiana. Nació en Alejandría en 295. Acérrimo defensor de la fe nicena, tras una vida al servicio constante de la verdad, murió el 373.

7. Paraje solitario a cinco millas de Tebas. Aquí completará Paladio su noviciado junto a Doroteo, pero no podrá coronar los tres años a causa de su salud quebrantada, por lo que irá en 390 a Nitria, y después a las Celdas (390/391), donde permanecerá nueve años, primero con Macario y más tarde con Evagrio, su maestro.

CAPÍTULO II

DOROTEO

Habiéndome confiado a Doroteo, asceta tebano que hacía sesenta años moraba dentro de su cueva, me mandó pasar tres años junto a él para domar mis pasiones, pues sabía que este anciano llevaba una vida muy austera. Después me ordenó que volviera a su lado para instruirme en la vida espiritual. Mas, aquejado de cierta enfermedad, me fue imposible permanecer los tres años convenidos. Por eso tuve que separarme de él antes de tiempo, porque su régimen era miserable y el ambiente abrumador por lo caluroso y seco del clima.

Durante toda la jornada bajo un sol abrasador, amontonaba Doroteo piedras del desierto que se extiende a la orilla del mar, y con ellas construía sin cesar celdas que luego cedía a los que no podían construirse para sí. Cada año terminaba una celda. En cierta ocasión, no pude menos de atajarle y le dije: “Pero ¿qué haces, Padre mío, a tus años? ¿No te das cuenta de que estás matando tu cuerpo en medio de estos ardores?” Pero él me contestó: “El me mata, yo le mato.

DONDEQUIERA QUE SE HAGA LA SEÑAL DE LA CRUZ
NO PODRÁ NADA LA MALICIA

Tomaba por toda comida seis onzas de pan y un manojo de hierbas. El agua la bebía a proporción. Dios me es testigo si digo que no se si durmió sobre estera o en el lecho, antes pasaba toda la noche sentado tejiendo cuerdas de hojas de palmera para ganarse el pan. Imaginando que hacía esto únicamente estando yo presente quise ave-

riguarlo y me informé —tan curioso era yo— de otros discípulos suyos que habitaban en celdas propias. Me dijeron que desde su juventud había vivido el mismo estilo de vida y que nunca se había dormido deliberadamente, a no ser que, trabajando o comiendo, entornara los ojos vencido por el sueño; tanto que a veces, hasta el mendrugo de pan le caía de la boca mientras comía por la vehemencia del sopor.

Otra vez aconsejándole yo que se recostara siquiera un rato en la estera, me dijo visiblemente contrariado: “Si persuades a los ángeles que duerman, persuadirás también a que lo haga el hombre celoso”.

En cierta ocasión, hacia la hora de nona aproximadamente, me envió a llenar el cántaro para la colación. Pero ocurrió que al acercarme vi una víbora en un pozo, en el fondo, y sin sacar más agua, fui a decirle: “Estamos perdidos, Padre ¹, he visto una víbora en el pozo”. Entonces, sonriendo, pero con gravedad, me miró detenidamente, y luego, meneando la cabeza, dijo: “Si se le ocurriera al diablo convertirse en serpiente o tortuga en todos los pozos, y echarse a los manantiales de agua, ¿pasarías tú de largo sin beber más?” Y habiendo salido en dirección al pozo, y sacando agua él mismo, bebió él primero unos sorbos en ayunas después de haber dicho: “Dondequiera que se haga la señal de la cruz, no podrá nada la malicia de nadie” ².

NOTAS

1. *πατερ* es apelativo que se daba comúnmente a los monjes venerables y significados; equivalía a nuestra palabra *religioso*, y no tenía idea ninguna de superioridad. No debe, pues confundirse con el *apa* = padre, que viene del siríaco *abba*, que denota *padre*.

2. La calma imperturbable y la serenidad casi sobrehumana ante animales feroces o peligrosos al hombre es un *carisma*, un don extraordinario de Dios, índice a su vez de la tan ambiciosa “apázela” o impasibilidad de los monjes egipcios.

CAPÍTULO III

LA ESCLAVA POTAMIENA

Este bienaventurado Isidoro, que conoció al desaparecido Antonio, me contó una historia digna de ser escrita, que había oído de labios del mismo.

En tiempos del perseguidor Maximiano, existió una muchacha bellísima por nombre Potamiena ¹. Era esclava de cierto señor que había tratado de seducirla con muchas promesas, mas no pudo soliviantarla. Al fin, desesperado de sus intentos, la entregó indignado al prefecto de Alejandría. La dejó en sus manos como cristiana y como quien había renegado del Estado y los emperadores a causa de las persecuciones. El señor le había dicho al prefecto: “Si es capaz de plegarse a mis deseos, consévala y no le hagas ningún daño”. Pero había añadido también que si persistía en su negativa la castigara, para que, viva, no se burlara de su intemperancia.

Fue conducida al tribunal. Su resolución de no contemporizar con su amo fue combatida, como una torre inexpugnable, con toda clase de instrumentos de suplicio.

Entre otras torturas, el juez hizo llenar de pez una gran caldera y ordenó que se prendiera fuego debajo de ella. Mientras la pez hervía y se inflamaba con violencia, aquel le hizo esta última propuesta: “O te vas y accedes a los deseos de tu señor o sepas y entiendas que mandaré inmediatamente que te arrojen en la caldera” Mas ella respondió: “Ojalá no exista jamás un juez que ordene y mande someterse al libertinaje”.

Entonces el juez, centelleante de ira, mandó que la despojaran de sus vestidos y así desnuda la echasen a la caldera. Mas ella protestó

con decisión rotunda: “Por la cabeza del emperador a quien tú temes, si es que has decidido castigarme así, manda que sea sumergida poco a poco en la caldera, para que veas de cuánta paciencia es capaz de revestirme y hacerme gracia el Cristo que tú no conoces”. Y sumergida gradualmente durante el espacio de una hora, entregó su alma a Dios al llegarle la hirviente pez a la garganta.

NOTAS

1. Parece que Isidoro o Paladio confunden el nombre del emperador: se trata de Septimio Severo y no de Maximiano. Efectivamente EUSEBIO (*Hist. Eccl.* VII, 5) narra en el imperio de aquél el martirio de una virgen por nombre Potamiana, en 202/203. Baronio admite dos Potamianas mártires, una cien años después de la otra, pero no parece probable su hipótesis.

CAPÍTULO IV

EL ESCRITOR DIDIMO EL CIEGO

Ciertamente, muchos de los hombres y mujeres que llegaron a la perfección en la iglesia de Alejandría son dignos de la tierra de los pacíficos.

Uno de ellos es sin duda alguna el escritor Dídimo ¹, que fue ciego. Tuve oportunidad de sostener con él cuatro entrevistas, al visitarle en varias ocasiones durante dos años. Murió a la edad de ochenta y cinco.

Como él mismo me contó, había perdido la vista a los cuatro años de edad, razón por la cual no había podido cursar las primeras letras ni frecuentar las escuelas de los maestros. En realidad, tenía un preceptor sumamente eficaz según la naturaleza: era la propia conciencia.

SU DON DE CIENCIA

Estaba adornado de un don de ciencia tal, que según se decía, se había cumplido en él la Escritura: “El Señor hace sabios a los ciegos”

Así era, en efecto, porque interpretó palabra por palabra el Antiguo y el Nuevo Testamento, y se dedicó con tal ahínco al estudio de los dogmas que llegó a comentarlos con tanta elegancia como profundidad. De modo que bien puede decirse que sobrepujo en ciencia a todos los antiguos.

Cierto día que me instaba a hacer oración en su celda, como yo me negara a hacerlo, me contó este caso:

“El bienaventurado Antonio entró tres veces en esta celda para verme ³ e invitado por mí a hacer una oración, inmediatamente se